

En conmemoración al Dantedí y a los 700 años del fallecimiento del Sommo poeta italiana

Dante y Borges: una lectura incesante

Cav. Adriana Crolla

Durante la muestra que María Kodama organizó en homenaje a los cien años del nacimiento de Borges, en 1999, en Venecia, me detuve a leer con detenimiento algunos textos menores de Borges que no son de fácil consultación. Uno que llamó mi atención fue un comentario suyo sobre Italia, publicado en una revista que luego supe se llamaba *Hogar*, muy difundida entre los años 40 y 50:

Pensar en Italia es pensar en Dante. En esta equivalencia creo advertir una singular felicidad que trasciende el hecho de que Dante es el primer poeta de Italia y tal vez el primer poeta del mundo. ¿Qué elementos integran lo que hemos convenido en llamar cultura de Occidente? Dos universos: el pensamiento griego y la fe cristiana, o si se prefiere Israel y Atenas. En cada uno de nosotros confluyen en un modo indescifrable y fatal esos dos antiguos ríos. Nadie ignora que esa confluencia que es el acontecimiento central de la historia humana se produce en Roma. En Roma se reconcilian y se conjugan la pasión dialéctica del griego y la pasión moral del hebreo. El monumento estético de esa unión de las dos direcciones del espíritu se llama la *Divina Comedia*.

Dios y Virgilio, la Triple y Una divinidad de los escolásticos y el máximo poeta latino traspasan de luz el poema. Esa armonía de la antigua hermosura y de la nueva fe es una de las múltiples razones que hacen de Dante el poeta arquetípico de Italia y por ende de todo Occidente.

La circunstancia lateral de que las palabras de este homenaje escritas en un continente lejano pertenezcan a un tardío dialecto de la lengua de César y de Virgilio es una prueba más de esa omnipresencia de Roma. Se repite que todos los caminos llevan a ella. Mejor sería decir que no tiene término y que bajo cualquier latitud estamos en Roma”

Borges, con su inefable sabiduría, nos obliga siempre a enfrentarnos al **futuro del pasado**. De un pasado que nos define en la marca de lo occidental y latino porque bajo cualquier latitud, dice está Roma. Pero ser romano es ser fatalmente itálico, y por ende dantescos.

En Argentina, y en especial en la “Pampa Gringa” colonizada por millares de italianos, el ser itálico ha pasado a constituirse en una marca originaria que de tan naturalizada pasa casi desapercibida. Pero que, en los últimos años ha empezado a ser revalorizada, sobre todo a partir del acercamiento afectuoso al estudio de la lengua italiana y el placer de los descendientes por reeditar sus tradiciones y culturas regionales.

Aunque Borges no naciera aquí ni tuviera una gota de sangre italiana, no pudo dejar de sentirse ligado al patrimonio itálico por vía de la tradición cultural.

Es nuestra intención proponer un breve recorrido por un diálogo incesante que Borges instauró con quien reconoce como arquetipo del idioma y de la tradición occidental: Dante Alighieri.

Iniciamos entonces con el relato de la epifanía de su primer encuentro.

El 20 de mayo de 1958, Borges, por entonces Director de la Biblioteca Nacional, fue invitado por las autoridades del *Istituto Italiano di Cultura* de Buenos Aires para que diera inicio a una serie de conferencias y actividades culturales que destacaran las relaciones existentes entre ambos países. Borges tituló su conferencia “Mi primer encuentro con Dante”. Luego, en 1961, una versión de la misma fue publicada en el primer volumen de *Quaderni Italiani di Buenos Aires*, en la sección “Incontri Italiani”.

El propósito de la publicación era conmemorar la visita oficial del por entonces Presidente de la República Italiana, On. Giovanni Gronchi, quien en esa oportunidad condecoró a Borges con la orden de *Comendatore*.

En sus reflexiones, Borges elige una mirada decididamente autobiográfica y confesional. Reconoce haber llegado tarde a la lectura de la *Comedia*: “He nacido en 1899 y mi primera y verdadera lectura de la *Comedia* data de mil novecientos treinta y tantos”.

Lo interesante de su historia no tiene que ver tanto con su progresivo aprendizaje del florentino dantesco, sino con el recuerdo hedonista de una lectura, que fue, como corresponde en Borges, laberíntica y comparada. Teniendo ya 30 años de edad, para entretenerse en los largos y aburridos viajes en tranvía hacia su puesto de director de la biblioteca de Almagro empezó a leer una edición bilingüe italiano-inglés de la obra dantesca que había comprado en una librería de viejos de la calle Corrientes. Poco a poco fue aprendiendo a gozar los versos en su lengua original y así, por motivaciones absolutamente literarias y dantescas aprendió el italiano. Lengua de la que solía afirmar sólo conocía el florentino dantesco. Poeta

con el que elaboró un diálogo incesante, transformó en uno de sus precursores destacados y cuya obra y figura reelaboró hasta el fin de su vida. El párrafo con que cierra dicha conferencia es, a mi criterio, el homenaje más hermosos y poético que se brindara a la *Opera Summa* del Alighieri:

Hay una primera lectura de la Comedia; no hay una última, ya que el poema, una vez descubierto, sigue acompañándonos hasta el fin. Como el lenguaje de Shakespeare, como el álgebra o como nuestro propio pasado, la Divina Comedia es una ciudad que nunca habremos explorado del todo; el más gastado y repetido de los tercetos puede, una tarde, revelarme quién soy o qué cosa es el universo.

Si bien el contacto de Borges con la literatura italiana no se cerró en Dante, pues notable fue su amor por Ariosto (basta sólo recordar el hermoso poema “*Ariosto y los árabes*” de *El Hacedor*), nunca dejará de reconocer la primacía literaria del florentino. En una conferencia posterior, dirá:

Si he elegido la Comedia para esta primera conferencia es porque soy un hombre de letras y creo que el ápice de la literatura y de las literaturas es la Comedia...ningún libro me ha deparado emociones estéticas tan intensas. Y yo soy un lector hedónico, lo repito; busco emoción en los libros. (Borges, *Siete noches*,)